

LA INVENCION DE LOS ANCESTROS:
EL «PATAGÓN ANTIGUO» Y LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA
DE UN PASADO NACIONAL REMOTO PARA
LA ARGENTINA (1870-1915)*

POR

PEDRO NAVARRO FLORIA, LEONARDO SALGADO
CONICET y Universidad Nacional del Comahue

PABLO AZAR
Universidad Nacional del Comahue

Nos proponemos demostrar que la idea de la existencia de un «patagón antiguo» respondió a la necesidad política de imaginar, a fines del siglo XIX, un pasado remoto para la joven nación argentina. Estudiamos en su contexto histórico una serie de trabajos antropológicos de las décadas de 1870 y 1880, del argentino F.P. Moreno y del alemán-argentino H. Burmeister, y de escritos de divulgación del argentino E.S. Zeballos. Los primeros muestran la relación entre los intereses nacionalistas y los debates científicos vigentes en la época; los segundos constituyen el relato histórico funcional a aquellos intereses.

PALABRAS CLAVES: *Antropología, craneología, historiografía, Patagonia, nacionalismo.*

En una serie de trabajos recientes¹ hemos sometido a consideración el tema de la realización en tierras norpatagónicas, en la década de 1870, de una impor-

* El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación 04-H059 *El pensamiento biológico de la primera comunidad científica argentina (Germán Burmeister y sus discípulos) y sus implicancias en las políticas hacia el territorio pampeano-patagónico, 1860-1880*, de la Universidad Nacional del Comahue (Argentina).

¹ Pedro NAVARRO FLORIA y Pablo AZAR, «Cráneos patagónicos para la ciencia europea: los trabajos antropométricos de Burmeister (1873-1879)», ponencia presentada al V Seminario Argentino-Chileno de Humanidades, Ambiente y Relaciones Internacionales (Mendoza, 25-26 octubre 2001); Pedro NAVARRO FLORIA, Pablo AZAR y Leonardo SALGADO, «Cráneos patagónicos y etnografía nacional: del 'patagón antiguo' a la (des)nacionalización del 'indio'», ponencia presentada al

tante colección de cráneos tehuelches, la trayectoria de esa colección por diferentes gabinetes antropológicos de la época y la significación que estudiosos argentinos —como Francisco P. Moreno y Estanislao S. Zeballos— y europeos —como Hermann Burmeister, Paul Broca o Paul Topinard— les asignaron como restos humanos mucho más antiguos de lo que finalmente resultaron ser. Señalábamos allí que la descripción de los cráneos por Moreno y Burmeister contribuyó oportunamente a la *mise en scène* de los indígenas de la Pampa y la Patagonia en el escenario de la antropología europea y a construir una imagen etnográfica heterogénea de los indígenas americanos, y que posteriormente Moreno, Zeballos y otros ideólogos de la conquista pampeano-patagónica harían uso político de esas caracterizaciones en función de intereses nacionalistas. Nos interesa particularmente discutir aquí el tema del supuesto descubrimiento del «patagón antiguo», o de su invención. En función de este concepto de *invención* en tanto producto intelectual intencional, propondremos también un cuestionamiento acerca de la cientificidad de la construcción del pasado nacional. Más que apoyo del relato simbólico de la nacionalidad y fuente de proyecciones extracientíficas², el concepto de «patagón antiguo» y su caracterización como ancestro nacional argentino parecen ser *el resultado de una proyección de determinados intereses políticos sobre un campo científico*. Nuestra hipótesis es que en una época en que las razones políticas se imponían con fuerza acumulativa disfrazándose tras «el omnipresente cientifismo» y provocando «el coetáneo cansancio de la razón»³, el «patagón antiguo» fue más una invención que un hallazgo, y el relato político construido sobre esa invención —mucho más allá del desarrollo antropológico del concepto— contribuyó a la construcción discursiva de un pasado nacional de larga duración para la Argentina, en el que se integrarían imaginariamente los pueblos indígenas que en esos mismos años eran privados de sus tierras, sus derechos y sus vidas.

LA COLECCIÓN DE CRÁNEOS PATAGÓNICOS

El mismo Moreno nos relata cómo y con qué ideas comenzó su colección de cráneos patagónicos. En 1872 —contando con solamente veinte años de edad— recibió de un amigo de Carmen de Patagones algunos objetos provenientes, aparentemente, de paraderos y cementerios indígenas del Valle Inferior del río Negro identificados por el etnólogo italiano Pellegrino Strobel y por el viajero inglés

I Congreso «Osvaldo A. Reig» de Vertebradología Básica y Evolutiva e Historia y Filosofía de la Ciencia (Buenos Aires, 13-17 marzo 2002).

² Mónica QUIJADA, «Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, IX, 2, Tel Aviv, 1998, p. 29 (http://www.tau.ac.il/eial/IX_2/quijada.html).

³ José Luis PESET, *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 10.

George Masters⁴. Una primera salida de campo por esos lugares le sirvió para recolectar una cantidad importante de material e identificar «singulares formas craneanas que indicaban elementos étnicos distintos, puros y mezclados, esparcidos en un espacio muy limitado». Sucesivos viajes realizados en los años siguientes le permitieron ampliar su colección y comparar los cráneos que suponía muy antiguos con otros contemporáneos: «Las dos visitas al río Negro me dieron por cosecha ochenta antiguos cráneos de indígenas, más de quinientas puntas de flecha trabajadas en piedra, muchos otros objetos y algunos cráneos y utensilios actuales»⁵.

Para ese entonces, es importante señalar que tanto Moreno como el director del Museo de Buenos Aires, Hermann Burmeister, ya habían presentado los resultados de estas primeras excursiones a la comunidad científica internacional. Moreno había hecho ante la Sociedad Científica Argentina y ante la Sociedad de Antropología fundada y presidida en París por Paul Broca una descripción detallada de sus hallazgos⁶. Burmeister había llevado al Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica (Bruselas, 1872) una descripción somera de algunos objetos indígenas —entre ellos, cuatro cráneos del río Negro aportados por Moreno—, sin avanzar en su tipificación⁷.

Ninguno de los dos habían adelantado conclusiones, hasta entonces, acerca del tipo al que correspondían los cráneos descriptos, como luego veremos. En realidad, la suposición inicial de Moreno de hallarse ante «el curioso problema de la existencia de una raza primitiva dolicocefala [...] base cierta de la historia nacional antigua de la República, la que siempre debe principiar por el estudio de las razas primitivas que habitaron su suelo en otras épocas»⁸ se vio pronto desmentida. Aunque quiso identificar esa raza primitiva dolicocefala en algunos de los restos hallados, debió admitir que los tehuelches contemporáneos no se hallaban relacionados con ella⁹. Tampoco Burmeister encontraba razones para determinar la pertenencia de los cráneos tehuelches a un tipo definido¹⁰.

⁴ Francisco P. MORENO, «Cementerios y paraderos prehistóricos de la Patagonia», *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, 1874, p. 2 [También publicado como: F.P. MORENO, «Description des Cimitières et Paraderos Préhistoriques de Patagonie», *Revue d'Anthropologie*, tomo III, París, 1874].

⁵ Francisco P. MORENO, *Viaje a la Patagonia austral*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1997, pp. 10-15.

⁶ MORENO [4].

⁷ Hermann BURMEISTER, «Sur les crânes, les mœurs et l'industrie des anciens Indiens de la Plata», *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques, Compte rendu de la 6me session, Bruxelles, 1872*, Bruselas, 1873, pp. 342-351.

⁸ Francisco P. Moreno a Pedro Pico, presidente de la Sociedad Científica Argentina (Buenos Aires, 14 de septiembre de 1875), *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, 1876.

⁹ MORENO [5], pp. 395-396; Francisco P. MORENO, *El origen del hombre sud-americano, Razas y civilizaciones de este continente, Contribuciones al estudio de las colecciones del Museo Antropológico y Arqueológico*, Buenos Aires, Coni, 1882, p. 13.

¹⁰ Hermann BURMEISTER, *Description physique de la République Argentine, d'après des observations personnelles et étrangères*, Buenos Aires, Coni, 1879, tomo III, p. 37.

Sin embargo, es claro que la referencia inmediata a la comunidad científica europea no había sido inocente. Buscaba insertar la propia tarea científica en uno de los campos que más expectativas despertaba por entonces. Nos relata Moreno:

Mi vocación estaba decidida: había descubierto un tesoro científico y era necesario explotarlo.

La gran cuestión del hombre fósil cuya existencia, aún no hace muchos años, era considerada como un mito, acababa de ser sometida a discusión por eminentes sabios, y los congresos y reuniones arqueológicas y antropológicas llamaban la atención del mundo entero.

[...]

Desde entonces, mi mayor anhelo fue contribuir con mi humilde concurso a esos adelantos [...] ¹¹.

La búsqueda inserción de los cráneos patagónicos en el debate científico internacional daba sus resultados a través de los comentarios alentadores de Paul Broca a Moreno y de las conclusiones que adelantaban tanto Paul Topinard como el patólogo alemán Rudolf Virchow acerca del *tipo* étnico supuestamente hallado ¹². Virchow, inicialmente cauteloso, según Burmeister, terminaba concluyendo que los tehuelches eran dolicocefalos y los araucanos braquicefalos ¹³. Topinard, miembro de la Sociedad de Antropología de París y autor de *L'Anthropologie* (París, 1876), presentaba y describía al «tipo americano», abarcativo de todos los americanos contemporáneos excepto los esquimales, siguiendo al médico estadounidense Samuel G. Morton ¹⁴, pero inmediatamente distinguía un «elemento americano mogol» de «otro elemento de caracteres salientes». Este otro tipo era nada menos que el «tipo patagón [...] resto de alguna raza primitiva» e inesperadamente semejante a los esquimales, como lo demostraba a continuación describiendo los cráneos presentados por «Monsieur Moreno»: «¿Serían acaso los tehuelches el *elemento dolicocefalo autóctono* de la América, que, por su cruzamiento con una raza de Asia, habría dado origen al tipo americano actual?» ¿Serían los esquimales «una nueva forma de cruzamiento del mismo elemento asiático braquicefalo con el propio elemento autóctono americano dolicocefalo»? ¹⁵

¹¹ MORENO [5], pp. 11-13.

¹² MORENO [9], p. 13.

¹³ BURMEISTER [10], p. 37.

¹⁴ Samuel J. MORTON (m. 1851) fue autor de los siguientes trabajos: *Crania Americana* (1839), *Brief Remarks on the Diversities of the Human Species* (1842) y *Crania Aegyptiaca* (1844). Stephen J. GOULD, «La poligenia y la craneometría norteamericanas antes de Darwin: los negros y los indios como especies separadas e inferiores», S. J. GOULD, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, 1997, pp. 70-79 y 84-87, considera a la obra de Morton un sorprendente conjunto de falsas correlaciones y errores de cálculo, omisiones, incongruencias y tergiversaciones derivadas de una poderosa convicción *a priori* consistente en la superioridad de los blancos y la inferioridad de los negros, los indios americanos y demás «coloreados». Sobre los racismos estadounidense e inglés, v. PESET [3], pp. 16-77.

¹⁵ Paul TOPINARD, «Antropología», A.E. BREHM, *La creación, Historia natural, División de la obra: zoología o reino animal, Traducida y arreglada de la última edición alemana de la obra*

Conviene apuntar que entre 1860 y 1871 se había reconocido en Europa al hombre de Neanderthal y al hombre de Cro-Magnon, acentuadamente dolicocefalos, y que a partir de estos hallazgos Broca había formulado, contra Anders Retzius, su hipótesis de la dolicocefalia en restos humanos antiguos. El debate europeo se encontraba por entonces en su máxima intensidad, provocado por los intentos —fundamentalmente de los pangermanistas alemanes— de encontrar fundamentos étnicos —en el concepto a la vez lingüístico y anatómico de «raza»— para los nacionalismos. La guerra franco-prusiana de 1870-1871 no había hecho más que reavivar la discusión. Broca, De Quatrefages y otros franceses reivindicaban el carácter civilizador de los eslavos y celtas braquicéfalos, considerando a los «dolicocefalos rubios» no padres de la civilización europea sino ancestros primitivos.¹⁶ En este sentido, los cráneos tehuelches llevados por Moreno a París, aunque no fuesen probadamente dolicocefalos ni tampoco antiguos parecían reforzar la hipótesis de Broca y fueron recibidos con entusiasmo por él y por sus discípulos. Como señala Quijada, el estudio de los cráneos patagónicos generó algunas conclusiones importantes para la naciente antropología argentina. En primer lugar, contribuía a la idea —generada y potenciada por Moreno, Burmeister y después Zeballos— de la existencia de un «patagón antiguo» equiparable en antigüedad al Neanderthal. En segundo lugar, esto abría la puerta a la posibilidad de hablar de un origen americano del hombre. Finalmente, se relegaba definitivamente al olvido la hipótesis —ya cuestionada por d'Orbigny en 1829¹⁷— de la existencia de un «tipo americano» único y se reforzaba la idea de un poligenismo del hombre americano.

La colección de cráneos y restos arqueológicos le valió a Moreno la creación del Museo Antropológico de la Provincia de Buenos Aires, a fines de 1877, y el envío de un album de fotografías de los cráneos a la Exposición Universal de París, al año siguiente¹⁸.

del célebre Dr. ..., tomo I: Mamíferos, Barcelona, Montaner y Simón, 1880, pp. CXLVII-CXLIX, bastardillas nuestras.

¹⁶ Andrea ORSUCCI, «Ariani, indogermani, stirpi mediterraneae: aspetti del dibattito sulle razze europee (1870-1914)», *Cromohs*, 3, 1998, apartados 1-9, http://www.unifi.it/riviste/cromohs/3_98/orsucci.html. Un intento similar al de Moreno y Burmeister en cuanto al propósito de generar un relato nacionalista vinculado con el debate europeo contemporáneo, pero desde el campo de la lingüística, fue emprendido por Vicente Fidel López con su obra *Les races Aryennes du Pérou* (París, 1871); cfr. Mónica QUIJADA, «Los 'incas arios': historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana», *Historica*, XX:2, Lima, 1996.

¹⁷ Entre los tehuelches y otros pueblos de más al norte «se halla tal diferencia que uno se siente tentado a creerse lejos de la región habitada por la nación americana considerada como tipo», decía Alcide D'ORBIGNY, *Viaje a la América Meridional*, Buenos Aires, Futuro, 1945, tomo III, p. 694; cfr. Pedro NAVARRO FLORIA, «Ciencia de frontera y mirada metropolitana: las ciencias del hombre ante los indios de la Araucanía, las Pampas y la Patagonia (1779-1829)», *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 17, Buenos Aires, 1998, p. 131.

¹⁸ MORENO [9], p. 14.

LA INVENCIÓN DEL «PATAGÓN ANTIGUO»

Desde sus primeras indagaciones, Moreno había subrayado la originalidad de los restos americanos y la diversidad de «tipos» identificables entre ellos. Como nos relata alrededor de 1874, lo había hecho notar a sus colegas europeos: «contribuyendo al mismo tiempo a hacer dudar más de la pretendida unidad del tipo americano [...] distinguí un tipo primitivo desconocido hasta entonces». Había comunicado su «descubrimiento» a Broca —que lo había comentado en París en ese mismo año¹⁹— y había recibido de Topinard un fuerte espaldarazo para lanzar al ruedo su idea «de una raza dolicocefala autóctona en América». Moreno relata que hasta 1880 no se sintió suficientemente seguro como para exponer su teoría en ámbitos internacionales, pero sí para buscar mejores fundamentos en el trabajo de campo²⁰. Como era lógico, entonces, las primeras conclusiones de los antropólogos europeos repercutieron sobre la incipiente comunidad científica argentina y le brindaron elementos para su discurso sobre la existencia de una «raza primitiva» nacional. Al solicitar ayuda económica a la Sociedad Científica Argentina a fines de 1875 para una nueva excursión a la Patagonia, Moreno explicaba:

Esto completaría los estudios que he hecho en el valle del río Negro y me daría la solución del curioso problema de *la existencia de una raza primitiva dolicocefala, la más antigua quizás que habitó el suelo argentino*, sobre todo en su parte Sur, la que hoy se halla ocupada por tribus braquicefalas como lo son todas las razas americanas, a excepción de las esquimales y tres o cuatro ejemplares de individuos aislados de otras tribus.

Esta raza primitiva que vivió en lejanas épocas en la provincia de Buenos Aires y río Negro, ha dejado rastros de su pasada existencia, solo en algunos cráneos y objetos industriales, sepultados en las capas de nuestros aluviones modernos, y aún en las más elevadas del terreno cuaternario, habiendo sido probablemente exterminada en esos parajes, por indios de raza araucana que, bajo el nombre de Pehuelches [*sic*], Huilliches, Moluches y Pehuenches, habitan ahora ese mismo suelo.

Tanto más digno de estudiarse es este hecho, cuanto que conocemos que sin excepción *todas las razas primitivas y fósiles han pertenecido a ese tipo*, el que aún se conserva en los últimos puntos habitables de las regiones árticas, y al sur del Trópico de Cáncer representado por los Negros del Africa Occidental, los Cafres, los Hotentotes y Boschimanos, los Árabes, los Neo-caledonianos y los Australianos, etc. A esto hay que agregar que el célebre Virchow en su nota sobre los cinco cráneos que he tenido el honor de enviarle dice que tienen más analogía con los indios del Brasil, añadiendo por mi parte que el estudio que he hecho de una serie de cien cráneos completos y anormales de esta raza, me da *la certeza de la presencia en épocas ante-históricas, de una raza australiana in-*

¹⁹ Horacio H. CAMACHO, «Francisco P. Moreno y su contribución al conocimiento geológico de la Patagonia», *Saber y Tiempo*, 9, Buenos Aires, 2000, p. 10.

²⁰ MORENO [9], pp. 12-15.

termediaria entre los australianos y los neo-caledonianos en la Patagonia Septentrional y Buenos Aires, lo que puede comprobarse también por el encuentro en el Perú y República Argentina de algunos objetos fabricados solo por los habitantes de Tahití y Nueva Zelandia. Estudiando las corrientes ecuatoriales, sobre todo la corriente de Humboldt y los trabajos del capitán de navío Mr. Kuhablet y últimamente los hechos por la expedición del 'Challenger', nace *la idea del descubrimiento probablemente involuntario de la costa occidental de América por los polineses*, los grandes navegantes del hemisferio sud, como los escandinavos lo fueron del Norte. Quizás en mi viaje encuentre vestigios vivos de esta raza, que puedan darnos una visión satisfactoria²¹.

Podemos ver de qué modo, en las sucesivas hipótesis que se fueron encadenando en torno de los cráneos patagónicos, se fue construyendo sin mayores fundamentos científicos una serie de correlaciones: entre tehuelches contemporáneos (cráneos modernos) y «patagones antiguos», en función de una dolicocefalia supuesta e interpretada como rasgo inequívoco de antigüedad, y entre «razas primitivas» y restos «fósiles», fundamentalmente mediante su asociación a fauna extinguida. De este modo, del simple hecho de haber hallado cráneos dudosamente dolicocefalos se infería, prácticamente, la existencia de un «hombre terciario» pampeano-patagónico.

En su viaje a la Patagonia Austral de 1876 Moreno buscó corroborar, efectivamente, la hipótesis del «patagón antiguo». Tomó varias medidas —entre ellas, la circunferencia del cráneo— y realizó el cálculo del índice cefálico de distintos grupos de indígenas —hombres tehuelches «puros», indígenas de «sangre mezclada», mujeres adultas y mujeres jóvenes— y los comparó entre sí. Su conclusión fue entonces que se encontraba ante los ocupantes modernos, emigrados desde más al norte, de un territorio habitado antiguamente por «otras razas mucho más antiguas [...] de las más dolicocefalas que han existido en la tierra».²² Años después, Moreno volvía a sostener la correlación entre el «tipo» supuestamente antiguo y «los tipos humanos que hoy consideramos razas inferiores: australianos actuales, patagones extinguidos»²³.

Burmeister a su vez, seguramente motivado por el impacto que habían provocado los trabajos de Moreno en el ámbito científico internacional, se encontró comprometido a ampliar la información que había presentado en 1872 sobre su estudio de los cráneos tehuelches. En su *Descripción física de la República Argentina*, editada parcialmente entre 1876 y 1879, el director del Museo de Buenos Aires dedicó buena parte del capítulo referente a la población indígena, a los cráneos patagónicos. Tras presentar a la «raza americana» como una de las cinco admitidas clásicamente por Blumenbach, observa algunas diferencias entre los tehuelches y los demás pue-

²¹ MORENO [8], bastardillas nuestras.

²² MORENO [5], pp. 392-396.

²³ MORENO [9], p. 4.

blos indígenas, fundamentalmente en relación con la talla. Burmeister apoya sus ideas acerca de la particularidad racial americana en una cuidadosa descripción de rasgos físicos que también resulta funcional a la distinción de los tehuelches: mientras los americanos en general tienen las extremidades relativamente pequeñas, «entre los grandes patagones las manos y los pies, en los dos sexos, son bastante grandes, porque el trabajo perpetuo aumenta las dimensiones»²⁴.

Llegado al punto de describir los cráneos, Burmeister no hace referencia a los estudios franceses sino, en una actitud característica en él, a los de su compatriota Virchow, destinatario de su envío a Berlín: «Virchow, primero, ha publicado algunas observaciones que hacen sospechar que las variedades del tipo son muy considerables, y que presenta caracteres pertenecientes tanto al tipo dolicocefalo como al braquicefalo». Virchow sería efectivamente, en el debate europeo, uno de los principales impugnadores del pangermanismo y crítico de la intromisión de argumentos nacionalistas en la antropología²⁵. A continuación, en una extensa nota a pie de página, Burmeister aclara que los cráneos enviados por él «y donados a la Sociedad Antropológica por el señor Francisco Moreno» sirvieron para que Virchow probara «que los tehuelches de la costa oriental de la Patagonia son bastante dolicocefalos, y que los araucanos del otro lado, al pie de las Cordilleras, son braquicefalos». La información se completa con un cuadro similar al publicado en Bruselas pero con el agregado de las medidas de otros tres cráneos. Según Burmeister, Virchow ha considerado a los cráneos tehuelches «subdolicocefalos», y a los dos de «las naciones occidentales de la Pampa vecina de los araucanos, [...] positivamente braquicefalos». Él cuestiona esa conclusión: «Me parece, por mis propias medidas, que la diferencia es puramente relativa, y de ninguna manera suficientemente fuerte para que se pueda decir que uno de los cráneos es dolicocefalo y el otro braquicefalo»²⁶. Sin embargo, en otra parte del escrito se inclina decididamente en favor de la tesis de los «patagones antiguos» autóctonos:

En general, comparto la opinión de este autor [Virchow], de que las naciones del este, como las que existen todavía en el Brasil y que existían antes en nuestras provincias del este, hasta la desembocadura del río de la Plata, pertenecen a *otra familia originaria* [...] Las naciones que habitan la Patagonia me parecen descendientes de *otro tipo originario*, y sus diferencias locales provenientes de su manera de vivir y del antagonismo que existe entre ellas. Probablemente los tehuelches, menos guerreros que los araucanos, son descendientes de las naciones orientales, originarias del Brasil, obligados antiguamente a ceder lugar a los temibles querandíes y a retirarse más hacia el sur. Los querandíes, descendientes de la Cordillera hacia la planicie patagónica, se esparcieron entonces hasta la desembocadura del río de la Plata. Los indios que viven más al norte de esta desembocadura, *pertenecen a la gran familia guaraníana, que fue*

²⁴ BURMEISTER [10], pp. 33-34.

²⁵ ORSUCCI [16].

²⁶ BURMEISTER [10], pp. 44.

*célebre en los tiempos de la conquista por su natural más dulce y bien diferente de los querandíes; conocían la agricultura, cuando estos otros no cultivaban nada a orillas del río de la Plata, viviendo solamente de la caza y de la pesca*²⁷.

Burmeister adhiere así a la hipótesis que también defendería Moreno, de la existencia de una «familia» común desde el este del Brasil hasta la Patagonia a lo largo de la costa atlántica. Conjetura la no pertenencia de los desaparecidos querandíes —hoy considerados tehuelches septentrionales— a esa familia, en razón de su belicosidad. En coherencia con esto, apoya la idea de la «familia» láguida-tehuelche en las experiencias de trato pacífico con los europeos desarrolladas tanto en el área guaraní como en tierras tehuelches. Burmeister, que al principio no se había interesado por ese aspecto del estudio antropológico de los indígenas argentinos, se preocupó por ponerse a la par de Moreno y adherirse a las hipótesis principales de su discípulo y de sus interlocutores europeos. Pero lo más interesante del caso parece ser el señalamiento típicamente romántico —por lo tanto, propio del contexto explicativo de Burmeister— del «natural» o carácter psicoafectivo correspondiente a cada tipo de cráneo: «dulce» y de hábitos agricultores en «la gran familia guaraniana», autóctona de las tierras rioplatenses; «temible» y de hábitos cazadores en los supuestos querandíes, alóctonos.

En cuanto a los pobladores contemporáneos de la Pampa y la Patagonia, de los primeros descenderían los pacíficos tehuelches y de los segundos los «guerreiros» araucanos. Una primera extrapolación de conceptos políticos al terreno científico, *en busca de la invención de un ancestro indígena autóctono y pacífico para los argentinos*. De este modo, la explicación acerca del origen de los tehuelches —por tanto, en la interpretación de la época, de los argentinos— se bifurca. De un lado, el «patagón antiguo» inventado por Moreno y Topinard, representante de una supuesta raza dolicocefala autóctona. Del otro, una «familia originaria» de «naciones orientales» cuya determinación se desvincula de la cuestión de los cráneos y pasa a depender de datos psicológicos, cuya incertidumbre está de más señalar.

Es importante destacar que, a esta altura de la trayectoria de los cráneos patagónicos, para quienes no estaban involucrados profesionalmente en el debate antropológico las implicaciones estrictamente científicas de uno u otro postulado carecían absolutamente de interés. Esto fue puesto de manifiesto, por ejemplo, cuando se debatió en el Congreso de la Nación el otorgamiento de un subsidio a Francisco P. Moreno mediante la compra de una cantidad de ejemplares de su *Viaje a la Patagonia Austral*, en 1879. El diputado Miguel Cané destacaba el renombre internacional del joven naturalista e interpretaba que el hallazgo de restos humanos de distinto tipo que los europeos colocaba a Moreno en la vanguardia del plogenismo de moda. El senador Aristóbulo del Valle lo defendió, en

²⁷ *Ibidem*, pp. 38-39, (la cursiva es nuestra).

cambio, de quienes lo acusaban de ateísmo y materialismo, citando párrafos de la obra en que Moreno se adhería a una concepción monogenista tradicional. Sin embargo, la disputa quedó claramente subordinada al interés político que representaban los trabajos de Moreno para la apropiación simbólica de territorios sin Estado²⁸, como manifestaron las voces de peso de los senadores Bartolomé Mitre, Manuel Pizarro y los mismos Cané y Del Valle, entre otros²⁹.

UNA HISTORIA CIENTÍFICA DE LOS ARGENTINOS

Nos alejaremos aquí de las sucesivas determinaciones realizadas sobre los cráneos, para observar el modo y el momento en que el interés político por estructurar un relato acerca de la nacionalidad logró infiltrarse en el discurso antropológico y producir la invención del «patagón antiguo» como ancestro de los argentinos. Desde este punto de vista se diluye la antinomia entre un Moreno supuestamente evolucionista y un Burmeister supuestamente fijista. Hasta la aparición de las primeras obras de Florentino Ameghino sobre la cuestión antropogenética, a fines del siglo XIX o principios del XX, no parece haber una explicación claramente evolucionista o transformista de los diferentes cráneos encontrados: incluyendo *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880), la desaparición del «patagón antiguo» —concepto que Ameghino compartió hasta entonces— fue explicada a través de desplazamientos³⁰.

Ya señalamos el interés de Moreno, manifiesto desde sus primeros trabajos, por establecer una genealogía de los argentinos remontándose a tiempos geológicos y fundando la «base cierta de la historia nacional antigua de la República». Los brasileños ya tenían sus cráneos de Ceará y Lagõa Santa, y la idea de un «hombre terciario» argentino tomaba la forma de una cuestión de honor nacional.³¹ En este aspecto Moreno no se alejaba del fundador de la historiografía nacional argentina, Bartolomé Mitre, autor de una singular «integración del pasado en una única línea continua predestinada al progreso». En este sentido, la historiografía argentina comenzaba a diferenciarse claramente de las tesis sociológicas de la generación romántica representada por Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi, para quienes los pueblos indígenas no integraban ni real ni imaginariamente la nacionalidad: «En la construcción de Mitre, la Argentina surge de un origen en el que

²⁸ Irina PODGORNÝ, «La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular», *Redes, Revista de estudios sociales de la ciencia*, 14, 7, Buenos Aires, 1999, p. 162.

²⁹ CONGRESO NACIONAL, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1879*, Buenos Aires, La República, 1879, pp. 226 y 568-574; CONGRESO NACIONAL, *Cámara de Senadores, Sesión de 1879*, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1879, pp. 475-493.

³⁰ Francisco P. MORENO, «Sur deux crânes préhistoriques rapportés du Rio-Negro», *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión del 1° de julio de 1880, París, 1880.

³¹ MORENO [9], p. 14.

los distintos grupos no constituyen una sociedad dividida verticalmente por fronteras étnicas entre conquistadores y conquistados, sino precozmente unificada en torno a ‘una nueva raza destinada a ser la dominadora en el país’»³², los criollos pobres, libres e iguales de los pueblos mestizos coloniales.

La explicación de la teoría moreniana³³ es impecable. Consiste, básicamente, en establecer la existencia de un «hombre terciario» mediante la asociación de restos humanos con fauna extinguida, considerada «fósil». La asociación con fauna extinguida permitía, por un lado, extender notablemente la antigüedad del hombre, y por otro lado, al considerarlo un género sujeto a evolución, suponer que aquel «hombre terciario» debió pertenecer a una especie diferente de la del hombre actual. Los trabajos arqueológicos de la época revelaban la existencia de estos restos antiguos en latitudes altas, en ambos hemisferios, y complementariamente la presencia de analogías entre América del Sur y Oceanía. De allí deducía Moreno la existencia de un antiguo continente austral, hoy sumergido, y el posible origen en esas tierras del antiguo «tipo puro» dolicocefalo. La dinámica evolutiva claramente propuesta por Moreno en su ponencia —acentuando la importancia de los factores ambientales en el caso de los pobladores australes— habría llevado a la conservación de solamente algunos grupos aislados de dolicocefalos puros en el norte (esquimales e iroqueses) y en el sur (australianos, neocaledonianos, «patagones antiguos y ciertos fueguinos», botocudos, tobas). En el Norte, al mezclarse con invasores braquicefalos introductores de la civilización —hipótesis muy al tono con el debate europeo de esos años, como hemos visto—, y en el Sur tanto por mestizaje como por factores ambientales, habrían nacido las primeras civilizaciones. Los que retrocedieron, como los australianos, o los que simplemente no evolucionaron, como los fueguinos, dieron lugar al «hombre-animal» observado por los navegantes europeos coloniales.

Sin embargo de esta explicación acerca del origen del hombre y de las civilizaciones en las latitudes altas de ambos hemisferios, Moreno deja abierta la posibilidad —que luego dará por cierta— de que el núcleo originario haya sido uno solo y se haya encontrado en tierras australes. En primer lugar, afirmando que el «hombre fósil europeo» bien pudo ser de origen austral. Más adelante, constatando que en América «tenemos todas las etapas del desarrollo humano físico y moral, lo que atestigua una remotísima evolución, haciéndonos pensar que bien puede suceder que lleguemos a descubrir que lo mismo que el hombre primitivo fue austral, la civilización primitiva de la Tierra lo fuera también»³⁴. La hipótesis se refuerza con la idea de que «el núcleo civilizado del Asia parece haber llegado allí de otras regiones». Una primera conclusión, entonces, es:

³² Mónica QUIJADA, «El paradigma de la homogeneidad», M. QUIJADA, C. BERNAND y A. SCHNEIDER, *Homogeneidad y nación, con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 2000, p. 43, citando a Tulio HALPERIN DONGHI, «Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina», *Anuario del IEHS*, 11, Tandil, 1996, p. 57.

³³ MORENO [9], pp. 16-44.

³⁴ *Ibidem*, p. 41.

En la región central de Bolivia y norte de la República Argentina está el núcleo de donde irradiaron las sociedades americanas. En el territorio argentino han vivido los hombres más antiguos que se conocen, iguales, físicamente, a los europeos cuaternarios y a los australianos actuales. Este país es un resto del Continente Austral sumergido, donde se inició el desarrollo humano y de donde partió para extenderse sobre el globo³⁵.

El orgullo nacionalista no se detenía allí. Estas eran conclusiones alcanzables por los científicos argentinos —de los que Moreno se consideraba implícitamente paradigmático— porque «solamente en [el Museo de] Buenos Aires es donde los argentinos podrán ver desfilar la larga serie de la evolución física y social de sus antepasados»³⁶. Pero todavía faltaba ligar esa explicación acerca del origen de las civilizaciones con un presente argentino que combinaba, a fines del siglo XIX, la presencia de pueblos indígenas que la comunidad científica consideraba exponentes de las razas inferiores, con el «progreso» traído por los conquistadores e inmigrantes europeos y sus descendientes locales. El cierre que permitiría completar el relato nacionalista se encuentra casi en las últimas líneas de la conferencia:

El hombre que levantó las pirámides de Egipto, aquel que civilizara la Caldea, que creara más tarde la poderosa civilización de Occidente, partió de las regiones australes. [...] La onda vuelve y fertiliza con sus nuevos componentes a América, convirtiendo así su humilde cuna en la tierra privilegiada³⁷.

En conclusión final, la Argentina origen del género humano y de la civilización reconciliaba en su suelo a los últimos restos vivos del dolicocefalo antiguo con sus descendientes más evolucionados, que desembarcaban volviendo al hogar después de un largo periplo civilizatorio. La introducción de la lógica evolucionista en el relato nacionalista es de importancia capital. El conflicto espacial entre civilización y barbarie era así sustituido, en el plano ideológico, por un conflicto histórico, entre pasado y presente: «[...] lo que concierne al indio, la naturaleza que lo circunda y su misma presencia, es anulado, remite a una ausencia, en cuanto es la proyección de un anacronismo. Se trata de un conflicto entre la contemporaneidad-modernidad y la prehistoria. La campaña del desierto debe corregir tal anacronismo»³⁸. Quijada destaca el rol unificador del territorio —«la alquimia de la tierra»— en esta construcción intelectual de la historia nacional: «El vínculo de unión entre el ‘patagón antiguo’ y los pobladores recientes no era, ni podía ser, racial ni genealógico, sino que venía dado por el hecho de compartir un

³⁵ *Ibidem*, p. 39.

³⁶ *Ibidem*, p. 43.

³⁷ *Ibidem*, pp. 43-44.

³⁸ Vanni BLENGINO, «La zanja de la Pampa y la Gran Muralla china», Ch. VANGELISTA (organizadora), *Fronteras, etnias, culturas. América Latina, siglos XVI-XX*, Quito, Abya-Yala, 1996, p. 133.

mismo territorio [...], el territorio nacional», y ese vínculo hizo posible que los pueblos indígenas del Sur argentino fueran masacrados físicamente al mismo tiempo que reivindicados como ancestros nacionales y reconocidos —los sobrevivientes— como ciudadanos³⁹. Solidaridad telúrica adecuadamente representada por el Museo de La Plata, fundado y dirigido por Moreno⁴⁰.

Sólo faltaría agregar, entonces, que la evolución por selección natural no se detendría en la génesis de las civilizaciones. Lo diría ese mismo año de 1882, en el homenaje realizado en el Teatro Colón de Buenos Aires al recién fallecido Charles Darwin, el primo y amigo de Moreno, Eduardo Ladislao Holmberg:

En el reino de los animales tenemos al Indio.

¿Es justa la causa del Indio?

Argumentando sin mucha dialéctica, el Indio defiende su tierra, que le hemos usurpado, nos hiere, nos mata, nos roba.

Hace bien, es claro, ¿o no? Lucha por la vida [...] luchamos también nosotros por la vida, con buenas ideas, con buenas armas, con buenos recursos, no hacemos más que poner en juego nuestras ventajas.

¿Hacemos bien? Esto es una pregunta.

‘Luchamos por la vida’. Esto es una contestación⁴¹.

PATAGONES ARGENTINOS Y ARAUCANOS INVASORES

En el clima común de ideas posterior a la guerra de conquista de la Pampa y la Patagonia desatada en 1875, «la prioridad política de integrar simbólicamente a los mismos pueblos indígenas que se eliminaba cultural y físicamente determinaba, en buena medida, las conclusiones científicas acerca de los dueños de las nuevas tierras». En este contexto, fue el periodista, geógrafo, político y escritor Estanislao Zeballos quien enunció las extrapolaciones más poderosas desde el campo del discurso político nacionalizador hacia los textos científicos que él mismo producía o divulgaba. En los mismos años en que se discutía en los gabinetes antropológicos el lugar de los restos humanos patagónicos en la historia global de la especie, Zeballos desarrolló —para sus lectores militares y para el público en general— una imagen fuertemente politizada (nacionalizada) de los pueblos indígenas de la frontera sur, y transformó definitivamente la recolección de cráneos en una cacería de trofeos destinada a corroborar sus postulados políticos.

³⁹ Mónica QUIJADA, «Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra», QUIJADA, BERNAND y SCHNEIDER [32], pp. 180 y 203.

⁴⁰ Irina PODGORNY, «De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918», *Runa, Archivo para las ciencias del hombre*, XXII, Buenos Aires, 1995; QUIJADA [39], p. 208.

⁴¹ Eduardo L. HOLMBERG, *Carlos Roberto Darwin*, Buenos Aires, El Nacional, 1882, pp. 65-66.

Ya en *La conquista de quince mil leguas* (1878) Zeballos trazaba una clara distinción entre los invasores «araucanos» y los tehuelches «naturalmente preparados para la civilización», que «algún día serán la base de la población argentina de la Patagonia»⁴². En un texto más elaborado, el *Viaje al país de los araucanos* (1881), el mismo autor relata con lujo de detalles sus encuentros con indígenas y paisanos vivos y muertos en la Pampa. Al coronel indígena Manuel Grande le hace ver «que había cumplido sus deberes de indio argentino contra los indios chilenos»⁴³. Saquea tumbas indígenas en Guaminí, Quethré Huinthrú y la sierra de Lihue Calel. En el primer sitio, «cincuenta cráneos extraídos de los cementerios araucanos de Guaminí y que están agregados a mi Museo, fueron cuidadosamente elegidos, y son tipos cuyas formas acusan plenamente la pureza primitiva que buscaba»⁴⁴. En el segundo, nos relata, «hice una colección de la mayor importancia, de utensilios y objetos de fabricación indígena, así como de cráneos elegidos entre aquellos de tipo más puro»⁴⁵. En el último lugar «extrajimos una colección de cráneos de un crecido mérito, por sus formas grotescas y características del tipo salvaje del araucano»⁴⁶.

Varios autores se han ocupado ya de la apropiación de restos humanos en nombre de la ciencia que realizaba Zeballos: relacionando su actitud coleccionista con el exterminio paralelo de los indígenas vivos⁴⁷, conceptualizando la transformación del patrimonio cultural vivo en «restos»⁴⁸ o la «deshistorización» de los pueblos indígenas⁴⁹. Para Podgorny:

Los indígenas vencidos se transformaron en parte del territorio y en parte de los resultados científicos de la expedición militar. Los sobrevivientes se constituyeron en objeto de observación, al mismo tiempo que su cultura material y sus cuerpos pasaban a formar parte de aquello sobre lo que ahora tenían soberanía la nación y la ciencia...⁵⁰.

⁴² Estanislao S. ZEBALLOS, *La conquista de quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República al río Negro*, Buenos Aires, Hachette, s/f, pp. 255 y 322-324.

⁴³ Estanislao S. ZEBALLOS, *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, Hachette, 1960, p. 108.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 138.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 210.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 302.

⁴⁷ Hugo E. RATIER, «Indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio social», Simposio *Las políticas culturales y la antropología argentina actual*, Buenos Aires, 1988, p. 8.

⁴⁸ Diana I. LENTON, *La imagen en el discurso oficial sobre el indígena de Pampa y Patagonia y sus variaciones a lo largo del proceso histórico de relacionamiento: 1880-1930*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Buenos Aires, 1994, nota 28; PODGORNÝ [28], pp. 164-165.

⁴⁹ Adriana A. STAGNARO, «La antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo (1870-1910)», ponencia presentada al III Congreso Argentino de Historia de la Ciencia y de la Técnica, Buenos Aires, 1994.

⁵⁰ PODGORNÝ [28], p. 167.

Nos interesa en particular la operación intelectual que Zeballos ponía en juego. La Pampa prácticamente vaciada de paisanos derrotados por las campañas militares le brindaba al autor en cuestión una inagotable fuente de restos que el periodista no iba a relevar científicamente, para estudiar posteriormente si respondían a uno o más tipos y si de ello se podía inferir alguna regularidad, sino al revés: los cráneos coleccionados fueron «cuidadosamente elegidos» en función de su supuesta pertenencia a unos tipos puros —que no caracteriza— determinados *a priori*. «Se crea así también sobre el plano de la percepción y del lenguaje un contraste que se traduce en una sobreposición del segundo sobre la primera, del futuro sobre el presente. En las descripciones de la naturaleza, de los hombres que la habitan, puede ocurrir que el dato de la percepción sea sustituido por lo que es el objeto del deseo. El lenguaje es el principal artífice de este abuso»⁵¹. Tras arrasar con el cementerio de Guaminí, Zeballos se justificaba por el rescate *post mortem* de un supuesto tipo puro: «Estas reliquias indígenas tienen más valor para el antropólogo, cuanto es evidente que el tipo puro de la raza araucana se perdía en nuestro país por el cruzamiento con los blancos»⁵².

En una segunda parte del libro, de mayores pretensiones teóricas, Zeballos desarrolla sus ideas acerca de los pueblos indígenas. Desmintiendo a d'Orbigny, a Burmeister y a cuantos se habían preocupado por construir una tipificación de base lingüística, física o sobre cualquier otro criterio mínimamente objetivo, Zeballos elabora una distinción puramente política. Según él, los araucanos indómitos, crueles y ladrones, que trescientos años después de enfrentarse a los conquistadores españoles «continúan en armas» oponiendo «sus pechos indomables, las lanzas primitivas y las piedras mismas de los Andes», incluirían a pueblos pampeanos y patagónicos como los puelches y los tehuelches, y se habrían enfrentado tempranamente a los guaraníes, instalados «sólida y pacíficamente» en el Plata⁵³. El «tipo» araucano cuidadosamente buscado por Zeballos entre los restos de los paisanos recientemente masacrados por las tropas nacionales, entonces, no responde a las determinaciones antropológicas adelantadas por Moreno, Burmeister y sus colegas europeos sino al concepto sociológico y político del «salvaje». En la segunda mitad del siglo XIX, y con fuerza creciente en el discurso político argentino, el «salvaje» de la frontera de la Pampa y la Patagonia era todo aquel que resistía o se enfrentaba al orden estatal dominante⁵⁴. El «patagón antiguo» ya no era un aliado político útil, y en consecuencia había sido olvidado. Resuelta la cuestión de la frontera interna mediante la conquista militar de los espacios sin Estado, Zeballos construía el discurso nacionalista destinado a la disputa por el límite externo, en este caso con Chile. En ese contexto, convenía identificar al

⁵¹ BLENGINO [38], p. 132.

⁵² ZEBALLOS [43], p. 137.

⁵³ *Ibidem*, pp. 407-412.

⁵⁴ Pedro NAVARRO FLORIA, «El *salvaje* y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879», *Revista de Indias*, LXI, núm. 222, Madrid, 2001, p. 347.

«araucano» como «indio chileno», guerrero, invasor y «salvaje», distinto del otro «indio argentino», el de la familia guaraníca, pacífico y laborioso tal como lo había descrito Burmeister. Así, intercalando hábilmente algunas de las conclusiones provisorias inspiradas en los trabajos de gabinete con el interés político —no olvidemos que la *Descripción de la República Argentina* de Burmeister aspiraba a ser un texto editado por el Estado—, Zeballos volcaba en su literatura pseudocientífica conceptualizaciones muy del gusto del gran público y, fundamentalmente, funcionales a la política exterior nacionalista y xenófoba que llevaría al periodista rosarino, finalmente, a la Cancillería argentina.

En su actuación como diputado nacional, durante los años siguientes, Zeballos consideró la conquista militar de la Pampa «uno de los más notables acontecimientos del siglo» entre «las más grandes conquistas de la geografía moderna»⁵⁵, y se opuso enérgicamente —junto con Lucio V. Mansilla, Nicolás Calvo y otros— a que el Estado asistiera a la colonización indígena, alimentando la idea dominante de que los indígenas vencidos debían ser considerados argentinos por pertenencia territorial pero no ciudadanos, por cuanto no gozaban de derechos⁵⁶. En el mismo debate sobre colonias indígenas, solamente el ministro de Relaciones Exteriores y Guerra Francisco Ortiz, —que sostenía que «nos conviene conservar ese núcleo, [...] el germen de esa raza americana primitiva [...] para no ser absorbidos totalmente por las fuerzas productoras de las naciones que nos invaden con su población»⁵⁷— y algunos diputados contradijeron su punto de vista.

Zeballos, representativo de la oligarquía gobernante a fines del siglo XIX, volcó finalmente sus convicciones políticas en un texto de divulgación científica y de fines educativos que recoge algunas de las conclusiones de los trabajos antropológicos de la época y las pone al servicio de la imagen canónica del país. Se trata de «El Libro de la América Latina», incluido en el tomo 1 de la famosa colección *El Tesoro de la Juventud*, una obra colectiva que se constituyó en lectura edificante de varias generaciones de niños argentinos. Según este texto, los primeros hombres aparecieron en las «fértils llanuras» de la actual República Argentina y convivieron con los «monstruos cuaternarios» cuyos esqueletos «están expuestos en los museos argentinos». Como argumento de autoridad, se afirma: «Así lo enseñan los sabios, según comprobaciones que han deducido del estudio de los esqueletos, y empieza a generalizarse este concepto en el mundo». De estos hombres primitivos que se habrían esparcido por la Tierra, algunas ramas «se perfeccionaron [...] fundando civilizaciones», y «tornaron modificadas, después de sus incalculables peregrinaciones, a las pampas y a la Patagonia de la República Argentina», mientras que «otros permanecieron atrasados o se barbarizaron, y sus descendientes viven

⁵⁵ CONGRESO NACIONAL, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, año 1881*, Buenos Aires, Mayo, 1882, tomo I, pp. 58 y 154-156.

⁵⁶ CONGRESO NACIONAL, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, año 1885*, Buenos Aires, Moreno y Núñez, 1886, tomo I, pp. 202-205, 259-260, 458-466, 498-524, 530-538.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 519.

en ciertas regiones inexploradas o aún mal exploradas de América y de otras partes del mundo, como seres salvajes, inferiores, con un lenguaje muy limitado y con caracteres de animales feroces». Hasta aquí se trata de una reproducción, en lenguaje accesible al público juvenil, de la teoría expuesta por Moreno en 1882.

Pero la finalidad de la existencia de esos seres primitivos en las planicies pampeanas casi no habría sido otra, según Zeballos, que la de abonar la tierra para hacer de la Argentina una potencia agrícola:

Las llanuras, las pampas, son, pues, un incomensurable cementerio de monstruos, de hombres y de vegetaciones, que las han fecundado, convirtiéndolas hoy en uno de los más importantes graneros del mundo. Su producción de cereales es ahora inagotable.

Las zonas que poblaron los monstruos y los hombres-fieras, están dominadas por los monstruos mecánicos de la industria, que permiten a los habitantes consagrarse al progreso de la Humanidad, labrando la propia felicidad y la fortuna.

Los sabios cavan sin cesar las llanuras y extraen los esqueletos de fieras y de hombres fósiles, que forman la más asombrosa riqueza de los museos argentinos⁵⁸.

Toda esta argumentación está ricamente ilustrada mediante dibujos que asocian al «hombre cuaternario» argentino con fauna extinguida, como el titulado «Monstruos cuaternarios reunidos en una charca», que muestra animales antiguos observados por dos hombres desnudos, o el de los «Restos de un armadillo gigante», que representa el esqueleto y caparazón de un armadillo gigante, y a su lado un hombrecito seis veces menor, con arco y flecha. Intercalados con las figuras mencionadas, se destacan los dibujos de dos «Cráneos del hombre fósil de la Pampa» y de «Los descendientes actuales del hombre cuaternario», identificables por sus rasgos físicos con indígenas de Tierra del Fuego. Las ilustraciones parecen tener el propósito de reforzar la línea genealógica entre los «hombres cuaternarios» y los indígenas contemporáneos, y de subrayar el argumento de la degeneración, a través de la evidente disminución del tamaño de los antiguos «monstruos» —tamaño que, por otra parte, aparece fuertemente exagerado— y de la exhibición de hombres contemporáneos desnudos, en lo que un ilustrado llamaría «estado de naturaleza».

La asociación entre el «hombre cuaternario» y los indígenas contemporáneos se hace nuevamente evidente en la sección dedicada a estos últimos, unas páginas más adelante, a través del dibujo titulado «Tipos fueguinos», cuyo epígrafe explica: «Estos indios, habitantes de la Tierra del Fuego, y de aspecto semiesquimal, acaso representan en la América Meridional los últimos restos de los hombres cuaternarios». Esta explicación era coherente no solamente con las ideas de Moreno sino también con consideraciones que ya en 1880 exponía Florentino

⁵⁸ Estanislao S. ZEBALLOS, «El Libro de la América Latina», *El Tesoro de la Juventud*, Buenos Aires/Londres/Madrid/Santiago/Montevideo, 1915, tomo 1, pp. 27-34.

Ameghino, en el sentido de descalificar la hipótesis del «patagón antiguo» y de considerar descendientes de los antiguos dolococéfalos a los esquimales, a los botocudos y quizás a los fueguinos.

Finalmente, en el texto sobre los aborígenes argentinos, Zeballos considera que en el Plata confluían «tres grandes razas guerreras y conquistadoras»: los incas «que formaban una civilización antigua, superior y orgánica», los guaraníes y «otra poderosa raza nómada, guerrera e indómita también, la de los *araucanos*». Estos últimos habrían habitado toda la Pampa, desplazando a «otras tribus menores hacia la Patagonia», que también dominaban. La presencia del «patagón antiguo», en este texto pseudocientífico de Zeballos, se reduce a un grupo residual habitante —esta vez en el pasado— del extremo austral de América: «En Tierra del Fuego existió otro núcleo humano, de tipo semi-esquimal, que en mi opinión representa en esta parte del mundo los últimos restos de los hombres antiquísimos, vulgarmente llamados antediluvianos o, científicamente, cuaternarios».

La «heroica guerra de razas [...] no ha terminado en Sudamérica; pero en la República Argentina concluyó en 1880, por la derrota y sumisión final de los pocos millares de indígenas que aún vivían independientes». Los indígenas sometidos, casi extinguidos por la absorción del «tipo europeo» de los argentinos, están adornados, según Zeballos, de virtudes intelectuales, militares y diplomáticas, y ocupan «posiciones distinguidas en la política, en las letras, en el comercio, en la industria y en el ejército»⁵⁹. No resulta ocioso señalar, aunque sea a título anecdótico, que en la época de edición de esta obra el presidente de la Argentina era un hombre de notorios rasgos indígenas, Victorino de la Plaza, apodado «el colla».

Más allá de las anécdotas, resulta claro que Zeballos, a través de un material de fines didácticos y de aparente inspiración científica, no hacía más que mostrar un país cuya prosperidad parecía anunciada desde la noche de los tiempos, que podía contar con el orgullo de considerarse cuna de la especie humana y que había superado exitosamente —antes que sus vecinos sudamericanos— la «cuestión racial» que había desvelado a los *nation-builders* del XIX. En el plano de las imágenes etnológicas, se reforzaba la asimilación de los «araucanos», supuestamente salvajes, con los intereses chilenos amenazadores de la territorialidad de la Nación, como aún hoy sigue repitiendo cierta historiografía nacionalista.

CONCLUSIONES

Entre otros objetos naturales y culturales, Francisco Moreno coleccionó durante la década de 1870 una cantidad importante de cráneos patagónicos. Los cráneos fueron apresuradamente caracterizados por Moreno, por el director del Museo de Buenos Aires Hermann Burmeister y por científicos europeos como

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 153-159.

Rudolf Virchow y Paul Broca como dolococéfalos antiguos. Esa tipificación resultaba doblemente funcional: por un lado al debate europeo acerca de los orígenes de las «razas» y civilizaciones del continente, y por otro lado a la necesidad política de inventar un pasado remoto para la joven nación argentina. Mientras la determinación de los rasgos antropológicos de los cráneos siguió un curso progresivamente evolucionista, su utilización como fundamento para la prehistoria argentina culminó en la teoría de Moreno acerca del origen sudamericano del hombre y de la civilización, y en la incorporación imaginaria de los ancestros más remotos y de los pueblos indígenas contemporáneos como precursores de la nacionalidad, aún en textos de literatura infantil y juvenil de principios del siglo XX, como los escritos por Estanislao Zeballos.

La larga trayectoria política del concepto de «patagón antiguo», claramente diferenciada del estudio antropológico de los cráneos a partir de 1880, nos demuestra de qué modo constituyó una verdadera invención montada sobre el oportuno hallazgo de unos cráneos que —en razón de los debates de la época— llamaron tempranamente la atención de la comunidad científica a ambos lados del Atlántico. En ese sentido el «patagón antiguo» sirvió, fundamentalmente, a la razón política de construir un discurso sobre los orígenes míticos de una nación que a fines del siglo XIX se sentía llamada al liderazgo continental, mostrando los mejores frutos del «progreso» entendido como ideología y como proceso material. Revirtiendo la idea tradicional de que la política del Estado argentino en formación hacia los pueblos indígenas de su frontera sur respondió a premisas científicas, el estudio de la trayectoria de los cráneos patagónicos hallados por Moreno y de los conceptos construidos a partir de allí nos demuestra que la relación fue inversa: la razón política nacionalista fue lo primero, e impuso sus intereses a la comunidad científica y a sus trabajos, en función de la necesidad de un relato unitario y lineal del pasado común.

We intend to demonstrate that the existence of an «Antique Patagon» was an idea stemming from the political need —at the end of the 19th Century— of imagining a remote past for the young Argentinian nation. This article studies in historical context a group of anthropological writings of the 1870's and 1880's. Firstly, those of the Argentinian F.P. Moreno and the German-Argentinian H. Burmeister. Secondly, those of the Argentinian E. Zeballos. The former show the relation between nationalist interests and the scientific debates of the time; the latter are the historical narrative corresponding to those interests.

KEY WORDS: *Anthropology, craniology, historiography, Patagonia, nationalism.*

Fecha de recepción: 15 de Septiembre de 2003

Fecha de aceptación: 28 de Febrero de 2004